

En un lugar sin límites, metaforizaciones del silencio

Hay sonidos que se cuelan en el seno del silencio sin alterar su orden.

DAVID LE BRETON, *El silencio: aproximaciones*.

Camila Andrea Parra-Hernández*

Cómo citar este artículo:

Parra-Hernández, C. A. (2023). En un lugar sin límites, metaforizaciones del silencio. *Pre-Impresos Estudiantes*, (23), 22-24.

Aunque el silencio sea interpretado comúnmente como una imposibilidad *lingüística-sonora*, igualmente muestra pequeños espacios de tiempo o pausas inscritas en una pieza musical. John Cage, en la entrevista documental *Ecouste*, en Nueva York, lo redefine como una ficción que nos lleva a obviar el sonido (Miroslav, 1992). En su obra *4'33"*, o *Silence*, creada en 1952, se sienta inmóvil frente a un gran piano en un escenario rodeado de personas, interpreta los silencios escritos en la partitura por un par de minutos y luego se retira. El autor, al ejecutar la partitura y luego retirarse, muestra que los sonidos y los silencios pertenecen a una estructura lógica con miles de combinaciones similares que permiten hacer música. Al mismo tiempo, señala que

solo podemos notar el silencio por la ausencia del sonido, con lo que establecemos un límite en aquello que llamamos *vacío sonoro*. Entendemos el silencio en el sentido de la percepción o apreciación de *algo* elegido y aprobado para sonar, como un instrumento, y *algo* que no, como la caída de un lápiz. Es una manera de analizar el vacío y el sonido como símiles, dados por hecho en la pieza musical. Controlamos el azar de los sonidos y establecemos un molde perceptivo.

Este análisis desenmascara el silencio, comúnmente definido como ausencia en un espacio de tiempo (duración), y lo sitúa en un segundo plano que omite otros sonidos del ambiente como los pájaros, un plato por caer, el

* Licenciada en Filosofía, Universidad Pedagógica Nacional, dedicada a la escritura creativa, narrativa y de ensayos. A lo largo de su carrera, ha explorado diferentes herramientas conceptuales y estructuras que le han permitido desarrollar su escritura de maneras sensibles y diversas, para sanar y resignificar su mundo desde el saber académico. camila.andrea.parra.hernandez@gmail.com

murmullo del viento,¹ un eco indiferente, un silencio azaroso que siempre ha existido donde poco se interviene, un *let it be* (dejar ser) permanente e indefinido, en términos de duración musical, en nuestras vidas.

Ya lo dice Kafka en el *Silencio de las sirenas* (2003), que muestra un Ulises encadenado al mástil de su barco, privado de sus sentidos y orgulloso de la estrategia que le permitirá soportar (literalmente) el canto de las sirenas. Por más fuerte que suene, él solo quería ignorar los cantos que pocos habían escuchado y sobrevivido:

Para protegerse del canto de las sirenas, Ulises tapó sus oídos con cera y se hizo encadenar al mástil de la nave, aunque todo el mundo sabía que este recurso era ineficaz, muchos navegantes podían haber hecho lo mismo, excepto aquellos atraídos por las sirenas ya desde lejos. El canto de las sirenas lo traspasaba todo, la pasión de los seducidos habría hecho saltar prisiones más fuertes que mástiles y cadenas. Ulises no pensó en eso, si bien quizá alguna vez, algo había llegado a sus oídos. Se confió por completo con sus pequeñas estratagemas, navegó en pos de las sirenas con alegría inocente. (p. 1)

En el fragmento percibimos el silencio como una limitación sensorial y perceptual que lleva a Ulises a ignorar conscientemente los cantos de las sirenas. Al igual que el silencio ficcional de Cage, damos por sentado que obviar el sonido de fondo es algo normal o habitual. Aprendemos que en un mundo tan ruidoso y acelerado —como la vida en una ciudad—, si no logras abstraerte sucumbes. Entonces debes mutilar parte del sentido del oído y adquirir un panorama parcial y limitado de todos los sonidos que existen.

1 Esta definición se origina en mi experiencia previa en el ámbito musical antes de ingresar a la carrera. En la música, se suele asociar y estructurar una variedad de sonidos en lo que se denomina una pieza musical compositiva. Sin embargo, desde una perspectiva social, el silencio emerge como una figura inundada de ruido.

Aprendemos a reducir el sonido y el silencio a la música aceptada socialmente; de manera ingenua, nos sumergimos en una lógica limitada de interpretación social que nos dice qué y cómo escuchar. Encuadra nuestro oído y niega otros silencios, sonidos y figuras que viven fuera del ámbito musical tradicional de *tempo* y duración. Colocamos un velo ficcional sobre aquello que nos resistimos a escuchar.

Esta figura del silencio funciona muy similar al poder normativo que nos dice cómo situarnos o encuadrarnos para percibir el mundo y seguir reproduciendo comportamientos sobre los cuerpos; en otras palabras, cómo dominarlos (concepto expuesto en el primer ensayo). Por ello, cuando apoyamos la afirmación de Cage sobre el silencio como una ficción, nos situamos en un lugar cómodo, donde preferimos voltear la mirada y avalar diversos acontecimientos recurrentes en nuestros contextos, es decir, lo mandamos al segundo plano. De la misma forma que Ulises usa diferentes elementos para limitar sus sentidos, pasa por alto las intensidades, tonalidades y matices que manifiestan los cantos de las sirenas. Estos pueden interpretarse como gritos desesperados, experiencias y sentimientos sublimes alojados en la piel, los ojos, los oídos y el olfato de cada sujeto; reducidos, parcializados y condenados al mutismo, a un campo donde todo es posible.

Los acontecimientos cubiertos por el silencio se traducen en mutismos prologados que representan una figura de represión (que en el peor de los casos pueden terminar en la reducción radical del sujeto). Analogía adaptada por nosotras a los permanentes ejercicios de poder con vestigios de violencia que sufren nuestros cuerpos. El silencio (figura clásica) esconde sensaciones estridentes y grotescas, creando espacios, vistos y escuchados por todos que facilitan acciones sobre el cuerpo. De esta manera afirmamos que se nos enseña permanentemente a automutilar el oído, la vista, el tacto, los encuadra y los limita. Al igual que

Ulises, sin percibir, ingenuamente amarrado al mástil de su barco.

Así mismo, encumbramos figuras atroces como Apolo, quien al no poder agenciar su deseo sumió en una profunda tristeza a Daphne, árbol de laurel, transformada por Gea por las súplicas de esta al ser agredida por este Dios-hombre, actor del triunfo al colocarse una corona tejida con las hojas de laurel ante los ojos de todos, que ignoran un bello árbol, consagrado a los vencedores y olvidado por todos. Una metáfora visible de lo invisible oculta tras memorias, gritos, lágrimas, sujetos, objetos y lugares que configuran un silencio aparente para la comodidad.

Referencias

- Cage, J. (1961). *Silence*. Wesleyan University Press.
- Kafka, F. (2003). *El silencio de las sirenas*. Editorial del Cardo.
- Le Breton, D. (2009). *El silencio: aproximaciones*. Sequitur.
- Miroslav, S. (director). (1992). *Ecoule* [Película]. B. A. Production.